

*Suspensión temporal de hostilidades entre los dos reyes, y retirada de Antioco a Seleucia. – Respuesta sobre la pertenencia de Celesiria sin resultado. – Nicolao es convertido en general de las armas de Ptolomeo. – Penetración de Antioco por Celesiria.*

Al mismo tiempo Antioco estrechaba el cerco que tenía puesto a Dura (año -219). Mas viendo que la fortaleza del lugar y los socorros de Nicolao inutilizaban sus esfuerzos, aproximándose el invierno, convino con los embajadores de Ptolomeo en concertar una tregua por cuatro meses, y que en lo demás se avendría a todo lo razonable. Hacía esto, al paso que se hallaba muy ajeno de cumplirlo; pero cansado de estar tanto tiempo ausente de su casa, deseaba llevar su ejército a Seleucia a pasar el invierno; porque ya no dudaba de las asechanzas de Aqueo contra sus intereses y de que auxiliaba abiertamente a Ptolomeo. Concertado este armisticio, Antioco despachó los embajadores de Ptolomeo, con orden de que cuanto antes le trajesen la respuesta de la voluntad de su rey, y le viniesen a buscar a Seleucia. Él, así que puso guarnición en los puestos oportunos, y dejó a Teodoto la incumbencia de todo, regresó a su reino; y llegado a Seleucia, distribuyó su ejército en cuarteles de invierno. De allí adelante cuidó muy poco de disciplinar sus tropas. Se hallaba persuadido de que, siendo como era señor de algunas provincias de la Celesiria y Fenicia, no necesitaría ya tomar las armas; lisonjeándose de que las restantes entrarían en la obediencia o de voluntad o por negociación, y que Ptolomeo jamás osaría aventurar una batalla campal. Los embajadores de uno y otro príncipe estaban en el mismo concepto: los de Antioco, por la humanidad con que Sosibio había admitido en Menfis sus representaciones; los de Ptolomeo, porque se les había despachado sin dejarlos enterar de los preparativos que se hacían en Alejandría.

A más de esto, por relación de los embajadores de Antioco se sabía que Sosibio se hallaba dispuesto a todo; y en las conferencias que Antioco tenía con los de Ptolomeo, ponía sumo cuidado en excederles, tanto en la justificación de su causa, como en el poder de sus armas. Efectivamente, después que llegaron a Seleucia y se procedió a tratar por menor del convenio, según las instrucciones que tenían de Sosibio, el rey, en la justificación de su causa, lejos de considerar el agravio y ofensa manifiestos que acababa de cometer en haberse apoderado de parte de Celesiria, por el contrario, ni aun reputaba ésta por injusticia, en el concepto de que sólo había recobrado lo que le pertenecía. Hacía mucho mérito de que Antigono el Tuerto había conquistado el primero esta provincia, que Seleuco la había dominado y que éstos eran los más valederos y justificativos títulos de posesión, por donde le pertenecía a él Celesiria con preferencia a Ptolomeo. Pues aunque este príncipe había llevado sus armas contra Antigono, no había sido por apropiársela para sí, sino para Seleuco. Sobre todo apoyaba su dictamen en el convenio general de los reyes Casandro, Lisímaco y Seleuco, cuando, vencido Antigono, unánimes todos decidieron en un consejo que se adjudicase a Seleuco toda Siria.

Los embajadores de Ptolomeo insistían en lo contrario. Exageraban la injusticia presente. Reputaban por cosa indigna el que se violase así la fe por la traición de Teodoto y la invasión de Antioco. Alegaban la posesión en que había estado

Ptolomeo hijo de Lago; pues si había unido sus armas con Seleuco, había sido para adjudicar a éste el imperio del Asia, mas con la condición de retener para sí Celesiria y Fenicia. Se disputaba largamente de una y otra parte sobre estos y otros puntos semejantes, en los congresos y conferencias. Pero no se concluía nada; a causa de que como la controversia se trataba por amigos comunes, no había entre ellos uno que pudiese moderar y reprimir el ímpetu del que parecía perjudicar al otro. Lo que servía de mayor embarazo a unos y otros era el asunto de Aqueo. Ptolomeo tenía empeño en incluirle en el tratado. Antíoco, por el contrario, ni aun sufrir podía que se tratase de esto; teniendo por cosa indigna que Ptolomeo sirviese de capa a un rebelde, y se atreviese a hacer mención de semejante hombre.

Durante esta contextación, donde cada uno proponía sus defensas, y al fin nada se decidía sobre el convenio, llegó la primavera, y Antíoco reunió sus tropas, con ánimo de atacar por mar y tierra, y reducir la parte de Celesiria que le faltaba. Ptolomeo hizo generalísimo de sus armas a Nicolao, acumuló en Gaza víveres con abundancia y destacó allá sus ejércitos de mar y tierra. Con la llegada de éstos, lleno de confianza Nicolao se dispuso para la guerra, teniendo en todo sujeto a sus órdenes al almirante Perígenes, a quien Ptolomeo había enviado por comandante de las fuerzas navales, y cuya escuadra consistía en treinta naves con puente, y más de cuatrocientas de carga. Nicolao era de nación etolio, mas en la experiencia y ardor militar no cedía ventaja a los otros generales de Ptolomeo. Efectivamente, ocupó anticipadamente con una parte de su ejército los desfiladeros de Plátano, y con la restante, a cuya cabeza él se hallaba, se apoderó de los contornos de la ciudad de Porfirea; con lo cual y el auxilio que al mismo tiempo le prestaba la escuadra, cerró al rey el paso por esta parte.

Antíoco pasó a Márato, a donde habiendo acudido los aradios a ofrecerle su alianza, no sólo les admitió a su amistad, sino que sosegó y cortó las diferencias antiguas que había entre los insulares y los habitantes de tierra firme. Después entró en Siria por Teoprosopo, tomó de paso a Botris, prendió fuego a Triere y Cálamo, y vino a Berito. De aquí destacó por delante a Nicarco y Teodoto, con orden de ocupar con anticipación los desfiladeros inmediatos al río Lico. Él, mientras, echó a andar con el ejército y acampó en las márgenes del Damuras, acompañándole al mismo tiempo por la costa la escuadra del almirante Diogneto. Ahí, habiendo vuelto a tomar la infantería ligera del mando de Teodoto y Nicarco, marchó a reconocer los desfiladeros, de que con anticipación se había apoderado Nicolao; y después de inspeccionada la naturaleza del terreno, regresó al campamento. Al día siguiente, dejando en el campo la infantería pesadamente armada bajo las órdenes de Nicarco, marchó con el resto del ejército a ejecutar lo que tenía proyectado.